

Escolaridad y transiciones en el ámbito privado de las jóvenes en México¹

Marta Mier y Terán²

Resumen

El objetivo de esta ponencia es analizar el proceso en el que las jóvenes mexicanas inician su vida sexual activa, forman una pareja conyugal y dan a luz a su primer hijo. Se analizan las edades, las secuencias y las trayectorias con las que las jóvenes asumen roles adultos en los ámbitos sexual, familiar y reproductivo, desde la perspectiva del curso de vida. La fuente de datos es una encuesta nacional levantada en 2006, y se aplican técnicas de análisis de sobrevivencia. El estudio se centra en las diferencias entre mujeres con distintos niveles educativos, porque la escolaridad aumenta las posibilidades de elección de las jóvenes, al mismo tiempo que sus dimensiones socioculturales y valorativas originan diferencias en las formas de establecer una unión y formar una familia. Los resultados del estudio proporcionan elementos sobre las diferencias en las pautas sociales que prevalecen en el inicio de la vida sexual activa de las jóvenes y en la reproducción de las familias en un contexto de modernización social y de profundas desigualdades sociales.

¹ Trabajo presentado en el IV Congreso de la Asociación Latinoamericana de Población, realizado en La Habana, Cuba, del 16 al 19 de noviembre de 2010.

² Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM

La juventud es una etapa de la vida en la que ocurren numerosos cambios de roles sociales en el ámbito público y en el privado que marcan la terminación de una etapa y la adopción de roles adultos. El inicio de la vida sexual activa, la formación de una unión conyugal y el nacimiento del primer hijo son eventos que conforman entre los jóvenes el proceso de adopción de roles adultos en el ámbito privado, con consecuentes responsabilidades ante sí mismos, la pareja y los hijos.

Las vidas de las personas están ordenadas por normas sociales respecto a los comportamientos y los roles apropiados a la edad. El momento en la vida de los jóvenes en el que ocurren las transiciones, así como la secuencia entre ellas reflejan el origen social y definen en gran medida las oportunidades y las limitaciones para el desarrollo personal y familiar en las siguientes etapas de la vida (Hogan y Astone, 1986). El inicio de la vida sexual activa, la formación de la unión marital y la maternidad pueden tener repercusiones negativas en la vida futura de los jóvenes, cuando ocurren en edades muy tempranas, así como cuando los eventos se suceden con una secuencia distinta a la esperada.

En México, como en otros países, han ocurrido transformaciones sociales profundas a lo largo del siglo pasado. El rápido proceso de urbanización, la expansión del sistema educativo y la creciente participación femenina en el mercado laboral son algunos de los cambios estrechamente relacionados con las experiencias de los jóvenes en su transición a la vida adulta. Las personas tienen cada vez más vivencias en las ciudades, donde prevalecen valores menos tradicionales, y las oportunidades educativas y laborales son mayores. La asistencia a la escuela y la permanencia en ella durante períodos cada vez más prolongados han pasado a formar parte de la trayectoria normativa de los jóvenes en el país. La creciente participación de las mujeres en el mercado de trabajo ha propiciado una mayor valoración de la educación formal de las jóvenes, quienes tienen mayores expectativas personales. Además, el proceso general de modernización de la sociedad, particularmente la mayor importancia de las instancias educativas y laborales, en detrimento de la autoridad familiar, ha propiciado pautas de individualización que permiten a los miembros de la familia tomar decisiones que obedecen a motivos e intereses personales por encima de los del grupo (Mier y Terán y Rabell, 2005).

El sistema de género prescribe la división del trabajo y de las responsabilidades entre mujeres y hombres, y les otorga diferentes derechos y obligaciones (Oppenheim-Mason, 1995). A pesar del cambio en los roles tradicionales, esta categorización sigue siendo la base en la definición de los roles familiares, propiciando un mayor control familiar y social sobre las mujeres. No obstante, el uso de métodos anticonceptivos hace previsible un cambio en las dos funciones primordiales de la familia, la reproducción y el control de la sexualidad, así como una representación social de las mujeres menos centrada en la maternidad (Ariza y de Oliveira, 2001).

Los factores que afectan la temporalidad y la secuencia en que ocurren las transiciones en la vida de las jóvenes son múltiples y abarcan tanto cuestiones personales y familiares, como del contexto más amplio. Existe una estrecha relación entre la educación y las transiciones a la primera unión y al nacimiento del primer hijo. La educación puede afectar el inicio de la unión marital a través de tres mecanismos principales (Malhotra, 1997). Primero, el efecto directo de la asistencia a la escuela, ya que es considerada como una etapa esencial en la trayectoria de vida que antecede a la adopción de responsabilidades de la vida adulta. También, el contenido de la educación expone al estudiante a nuevas actitudes y aspiraciones, y a una visión más amplia del mundo. Finalmente, la educación propicia mayores oportunidades laborales e independencia económica a través de empleos mejor remunerados. Entre las jóvenes, cuando el efecto se da principalmente a través de los dos primeros mecanismos, la mayor educación propicia la postergación del matrimonio y de la maternidad. Sin embargo, cuando el efecto es a través de las mayores oportunidades laborales, el trabajo puede constituir una alternativa a la formación de la familia, de manera que propicia su postergación, aunque también puede proveer a la joven de un empleo mejor remunerado, lo que puede facilitar que forme una unión conyugal.

En general, la educación aumenta las posibilidades de elección de las jóvenes, y sus dimensiones socioculturales y valorativas causan diferencias en las formas de establecer una unión y formar una familia (Gómez de León, 2001; Naciones Unidas, 2001). La mayor escolaridad se asocia con un inicio más tardío de la unión y con la postergación del nacimiento del primer hijo, tanto por la motivación, como por el mayor conocimiento y acceso a una anticoncepción eficaz. El efecto de la escolaridad en el inicio de la vida sexual es menos conocido, aunque dos estudios en América Latina muestran que la edad a la primera relación sexual aumenta sustancialmente con el nivel

educativo alcanzado (Heaton *et al.*, 2002; Bozon *et al.*, 2009). Las jóvenes con mayores niveles educativos inician su vida sexual más tarde, tienen un período de sexualidad premarital más prolongado y posponen el inicio de su fecundidad, mientras que entre las mujeres con menor escolaridad persiste una fuerte vinculación entre la sexualidad y la reproducción. En México, se observa además que la mayor escolaridad propicia que la primera relación sexual se postergue hasta después de los 20 años de edad (Solís *et al.*, 2008).

Por otra parte, una publicación reciente sobre la región latinoamericana señala un cambio importante respecto al imperativo social de la maternidad. Actualmente, la maternidad continúa como un rol fundamental en la vida de las mujeres, pero la adopción de otros roles e identidades no familiares ha facilitado que la postergación del inicio de la fecundidad se convierta en una opción aceptable. Los estudios universitarios conforman un umbral que marca diferencias sustantivas tanto en el calendario como en la intensidad de la transición a la maternidad (Rosero-Bixby *et al.*, 2009).

Primera relación sexual, e inicio de la primera unión y de la maternidad

El inicio de la vida sexual activa, de la primera unión y de la maternidad son eventos esenciales en la formación de las familias, y forman parte del proceso de transición a la vida adulta. En México, como en muchos otros países en desarrollo, estas transiciones tienen lugar en edades tempranas, en especial en las zonas rurales y entre los sectores urbanos pobres (Heaton *et al.*, 2002).

El momento en la vida de las personas y el contexto en que ocurre el inicio de la actividad sexual han sido objeto de interés creciente debido a sus implicaciones en la salud, en la fecundidad y en las siguientes etapas de la vida de los jóvenes (Naciones Unidas, 2001). La primera relación sexual marca el comienzo de la exposición al riesgo de concebir, así como a potenciales riesgos de salud. Ante la falta de información y de acceso a servicios de salud adecuados, la actividad sexual en edades tempranas expone a las jóvenes a embarazos prematuros y al riesgo de contraer enfermedades de transmisión sexual, lo que puede comprometer su salud y la de su hijo. Entre las mujeres muy jóvenes, la falta de madurez biológica puede incluso poner en riesgo su vida.

Las edades y los contextos socialmente aceptados del inicio de la vida sexual activa son prescritos por normas culturales, y varían notablemente entre sociedades. No obstante, este inicio sucede generalmente en la adolescencia, cuando toma forma al curso de vida futuro en los ámbitos reproductivo, social y económico. Esta etapa se caracteriza por la experimentación y la búsqueda de identidad, y en ella los jóvenes son generalmente vulnerables y no cuentan con la información para tomar decisiones responsables (Naciones Unidas, 2001).

Las normas sociales sobre el comportamiento de las jóvenes tienden a ser conservadoras y proscriben las relaciones sexuales premaritales. Imágenes populares sugieren que las mujeres latinoamericanas permanecen vírgenes hasta el matrimonio. No obstante, algunos países de la región muestran en la práctica patrones que difieren de estas expectativas (Heaton *et al.*, 2002; Bozon *et al.*, 2009). Se plantea que ha ocurrido un cambio paulatino de una sociedad tradicional, en la que la actividad sexual se ubicaba en el matrimonio, a otra en la que el sexo premarital se practica en secreto, pero se admite, sobre todo cuando se espera que la pareja se case (Juárez, 2002).

De las jóvenes que inician su vida sexual en edades tempranas, la gran mayoría declara haber tenido la primera relación sexual con su novio, ya que las adolescentes inician en el noviazgo relaciones emocionales que las encaminan a iniciar una vida sexual activa después de algún tiempo (Uribe, 2005; Upadhyay *et al.*, 2006).

En México, estudios de tipo cualitativo confirman el cambio hacia una mayor aceptación del inicio de la vida sexual anterior al matrimonio, aún en localidades pequeñas, especialmente cuando la relación de noviazgo tiene ya cierto tiempo de haberse iniciado. Una investigación sobre las jóvenes de sectores populares de la ciudad de Hermosillo, Sonora, muestra que, cuando ellas han formalizado su noviazgo ante los padres, y después de varios años de haberlo iniciado, la intimidad del ejercicio sexual les da cierta estabilidad, al crear una expectativa de permanencia (Román, 2000). En otro interesante estudio antropológico, se plantea que la tendencia hacia un ideal marital igualitario ³ ha estado vinculada a cambios en las prácticas de noviazgo (Hirsch, 2003). Entre las generaciones más viejas, los noviazgos eran breves, su finalidad era el

³ En inglés, *companionate marriage*.

matrimonio y tenían lugar bajo un control estricto por parte de la familia de ella, quien se encargaba de limitar la interacción personal entre los novios. En las generaciones más jóvenes, a pesar de que el fin deseable sigue siendo el matrimonio, el noviazgo se ha convertido en una etapa para disfrutar y ver si el matrimonio puede funcionar, y en la que las jóvenes tienen una creciente aceptación de la intimidad física, asociada a una mayor valoración generalizada de la intimidad sexual y emocional. En una de las dos comunidades analizadas, las relaciones sexuales premaritales son comunes, pero ocurren sobre todo después de varios años de noviazgo.

El iniciar una unión en edades tempranas propicia efectos negativos en las siguientes etapas de la vida de las mujeres. Las jóvenes que forman una unión marital en estas edades, con frecuencia permanecen con bajos niveles educativos, lo que compromete su desarrollo personal futuro pues no alcanzan a adquirir las habilidades que les permitan el acceso a empleos mejor remunerados, lo que propicia que pasen a dedicarse a labores domésticas y a depender económicamente del compañero, en condiciones de subordinación (Heaton *et al.*, 2002). Además, se ha observado que las uniones tempranas son más inestables, y que la separación y el divorcio son más frecuentes cuando hay un embarazo o nacimiento prenupcial (Flórez y Núñez, 2002).

La formación de las primeras uniones en América Latina es más tardía que en otras regiones en desarrollo. Hasta hace algunos años, se planteaba que los cambios en la nupcialidad en la región habían sido leves y sus efectos en la fecundidad limitados (Rosero Bixby, 1996; Gómez de León, 2001). En años recientes, tanto para México como para otros países de la región, se enfatiza la creciente presencia de uniones consensuales y de uniones interrumpidas, así como una leve pero consistente postergación de las primeras nupcias entre las generaciones femeninas más jóvenes (Quilodrán, 2001; Samuel y Seville, 2005; Solís y Puga, 2009; Mier y Terán, 2009).

Las mujeres que experimentan su primera maternidad en la adolescencia tienen mayores riesgos de desventajas sociales y económicas a lo largo de su vida que las mujeres que posponen esta experiencia (Naciones Unidas, 1989; Flórez y Núñez, 2002; Di Cesare y Rodríguez, 2006). El inicio de la maternidad en edades tempranas es probable consecuencia y causa de la pobreza. En los sectores con bajos niveles educativos y en situaciones de pobreza, el inicio de la vida reproductiva ocurre comúnmente en la adolescencia. La fecundidad adolescente propicia una

escolaridad limitada, tanto para la madre como para el hijo, menores probabilidades de participación laboral y de inserción favorable en el mercado de trabajo, y menor adquisición de capital social al tener escasa participación en la comunidad y al aumentar sus probabilidades de divorcio o de permanecer como madre soltera (Green y Merrick, 2005). Así, la edad temprana al nacimiento del primer hijo puede representar una fuente de vulnerabilidad en el corto y en el mediano plazos, operando como disparador de un proceso de acumulación de desventajas durante el curso de vida, y una fecundidad más alta que la de las demás personas, lo que repercute en la pobreza de los hogares (Rodríguez Vignoli, 2000; Saraví, 2009).

En algunos países latinoamericanos, la fecundidad adolescente ha tenido un franco aumento en las últimas dos décadas, probablemente como consecuencia de un inicio más temprano de la vida sexual activa (Westoff, 2003). En otros países de la región, en cambio, la fecundidad adolescente ha permanecido sin cambios o, incluso, ha disminuido. México se encuentra en este último caso, ya que se observa una postergación leve pero significativa del nacimiento del primer hijo entre las generaciones femeninas nacidas a partir de 1963, la que ha estado relacionada con un incremento en la edad a la primera unión conyugal, ya que el intervalo entre el matrimonio y el nacimiento del primer hijo ha permanecido sin cambios mayores (Miranda, 2006). Además, aunque la fecundidad adolescente ha disminuido en términos absolutos, su peso relativo ha mostrado cierto aumento porque la reducción de la fecundidad ha sido más acentuada en edades mayores.

La reducción en la edad a la menarca, asociada a mejoras en la alimentación y en la salud, aunada a la postergación del matrimonio, ha propiciado períodos más prolongados de exposición a la actividad sexual y a embarazos premaritales (Naciones Unidas, 2001). Por otra parte, las relaciones sexuales en edades muy tempranas son más riesgosas porque, entre otros, están asociadas a una menor propensión a usar anticonceptivos (Naciones Unidas, 2001; Welte, 2006).

Con el objeto de legitimar el próximo nacimiento, las concepciones prenupciales suelen precipitar un matrimonio que, de otra manera, hubiera tenido lugar más tarde o no hubiera tenido lugar (Rindfuss *et al.*, 1987). Así, es común que las uniones muy tempranas sean propiciadas por un embarazo o por el nacimiento de un hijo. El efecto de un embarazo en la formación de la unión

difiere según el contexto y las características de los cónyuges. En especial, entre las jóvenes con mayor escolaridad, un embarazo prenupcial tiende a precipitar en mayor medida el matrimonio (Gómez de León, 2001).

El objetivo de esta ponencia consiste en analizar el proceso en el que las jóvenes inician su vida sexual activa, forman una pareja conyugal y dan luz a su primer hijo. Se analizan las edades, las secuencias y las trayectorias con las que las jóvenes asumen roles adultos en los ámbitos sexual, familiar y reproductivo. El análisis se centra en las diferencias entre mujeres con distintos niveles educativos, y proporciona elementos sobre las pautas sociales que prevalecen en el inicio de la vida sexual activa de las jóvenes y en la reproducción de las familias, en un contexto de cambio social y de creciente precariedad e inestabilidad en los mercados laborales.

Fuente de datos y metodología

La Enadid 2006 proporciona información relevante y reciente para las jóvenes mexicanas sobre tres transiciones a la vida adulta en el ámbito privado: la primera relación sexual, la formación de la primera unión conyugal y el inicio de la maternidad.⁴

Limitamos el análisis a las mujeres de 20 a 34 años de edad.⁵ La falta de información y la incongruencia entre edades y fechas de las tres transiciones no son raras, en especial entre las mujeres de mayor edad, para quienes estos eventos son más distantes en el tiempo, por lo que eliminamos la experiencia de las mujeres de 35 años o más. Además, excluimos a las jóvenes que aún no cumplían 20 años porque no habían tenido tiempo para iniciar los estudios profesionales, categoría del nivel educativo que interesa particularmente en esta ponencia.

⁴ El análisis estadístico que llevamos a cabo a lo largo del capítulo tiene en cuenta el diseño muestral. Los datos sobre la temporalidad de las tres transiciones no se obtienen de igual manera. Sobre el inicio de la vida sexual activa, se pregunta la edad en la que la mujer tuvo su primera relación sexual. La fecha de inicio de la primera unión conyugal se obtiene de una compleja batería de preguntas que inquiriere primero sobre la unión actual y luego sobre uniones anteriores e indaga sobre cohabitaciones premaritales. La fecha del nacimiento del primer hijo nacido vivo se obtiene de la historia de embarazos. A partir de las dos fechas, se obtuvieron las edades en años cumplidos en las que ocurrieron estos dos últimos eventos. Cuando las edades en las transiciones coincidían, se consideró que los eventos eran simultáneos.

⁵ Entre las jóvenes de estas edades, la información es faltante en al menos una de las tres transiciones o es inconsistente en menos de una de cada cuatro mujeres. En edades más avanzadas, esta proporción se acerca a una de cada tres mujeres.

Las mujeres de 20 a 34 años de edad han pasado sus años casaderos en las dos décadas que anteceden a la encuesta, las que han estado caracterizadas por mayores alternativas de desarrollo personal que en décadas anteriores, pero también por un estancamiento de la economía y una creciente precariedad e inestabilidad en los mercados laborales. Suponemos que tanto las transformaciones sociales vinculadas al proceso de modernización como las condiciones económicas adversas a las que están expuestas las jóvenes afectan sus patrones de transición a la vida adulta.

Para estudiar la temporalidad de las tres transiciones, aplicamos la función de sobrevivencia de Kaplan-Meier.⁶ En el análisis de las secuencias y de las trayectorias, sólo incluimos a las jóvenes de 25 a 34 años, con el objeto de que tuvieran la edad suficiente para que en su mayoría hubieran experimentado las tres transiciones.⁷

Los resultados del trabajo están organizados en tres secciones. En la primera, presentamos un breve panorama de la escolaridad de las jóvenes y su evolución reciente. En la segunda sección, con técnicas de análisis de sobrevivencia, analizamos el calendario de cada una de las tres transiciones entre las mujeres de 20 a 34 años de edad. El análisis descriptivo de las secuencias entre las transiciones y de las trayectorias de las mujeres de 25 a 34 años se presenta en las dos últimas secciones.

Escolaridad de las jóvenes

Las mujeres de este estudio pertenecen a generaciones que se han visto beneficiadas, desde sus primeras edades escolares, por la expansión del sistema educativo, en especial las más jóvenes. Nacen en los años setenta y ochenta e ingresan en su mayoría a la primaria en la década de 1980, cuando se considera que la cobertura de este nivel educativo en el país es prácticamente universal (Mier y Terán y Rabell, 2001). Inician la secundaria seis años más tarde y la educación media superior en la década de 1990, cuando se da mayor énfasis a la expansión de este nivel. Quienes

⁶ Con el objeto de conocer si las diferencias entre las jóvenes con distintos niveles educativos son estadísticamente significativas, empleamos la prueba de Cox de igualdad de funciones de sobrevivencia.

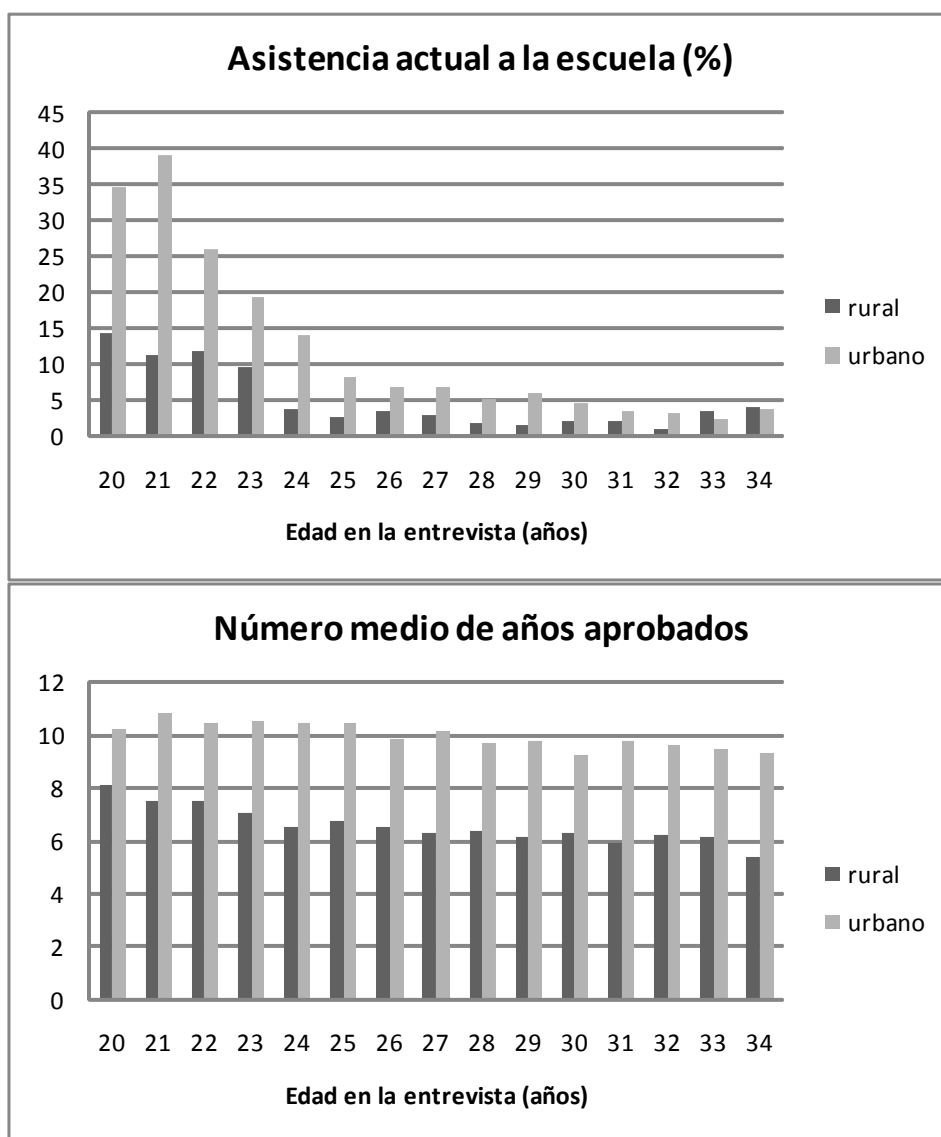
⁷ Aplicamos la prueba de Pearson (estimador F) para saber si las diferencias en las trayectorias entre las jóvenes de los distintos niveles educativos son estadísticamente significativas.

acceden a los estudios profesionales lo hacen en años relativamente recientes, la década de 1990 y los primeros años del presente siglo, cuando las oportunidades de educación superior son crecientes.

Los datos de la encuesta sobre la asistencia a la escuela en el momento de la entrevista proporcionan un acercamiento al ritmo de salida de la escuela (Gráfica 1).⁸ Como reflejo de la creciente cobertura del sistema educativo y de la prolongación del período de estudios, en las localidades urbanas, una parte no despreciable de las mujeres de este estudio asiste actualmente a la escuela: más de una tercera parte de ellas asiste a los 21 años, y aún a los 22 años, más de una de cada cuatro jóvenes asiste a la escuela; a partir de los 25 años, la asistencia ya es muy poco frecuente. En las localidades rurales, la salida de la escuela ocurre más temprano, y son muy pocas las jóvenes de estas edades que permanecen en el sistema educativo.

⁸ En la Enadid 2006 no se captó la edad en la que las jóvenes dejan el sistema educativo, por lo que no es posible calcular la función de sobrevivencia de esta transición.

Gráfica 1. Asistencia a la escuela y número de años aprobados



Fuente: SSA, Enadid 2006. Datos ponderados

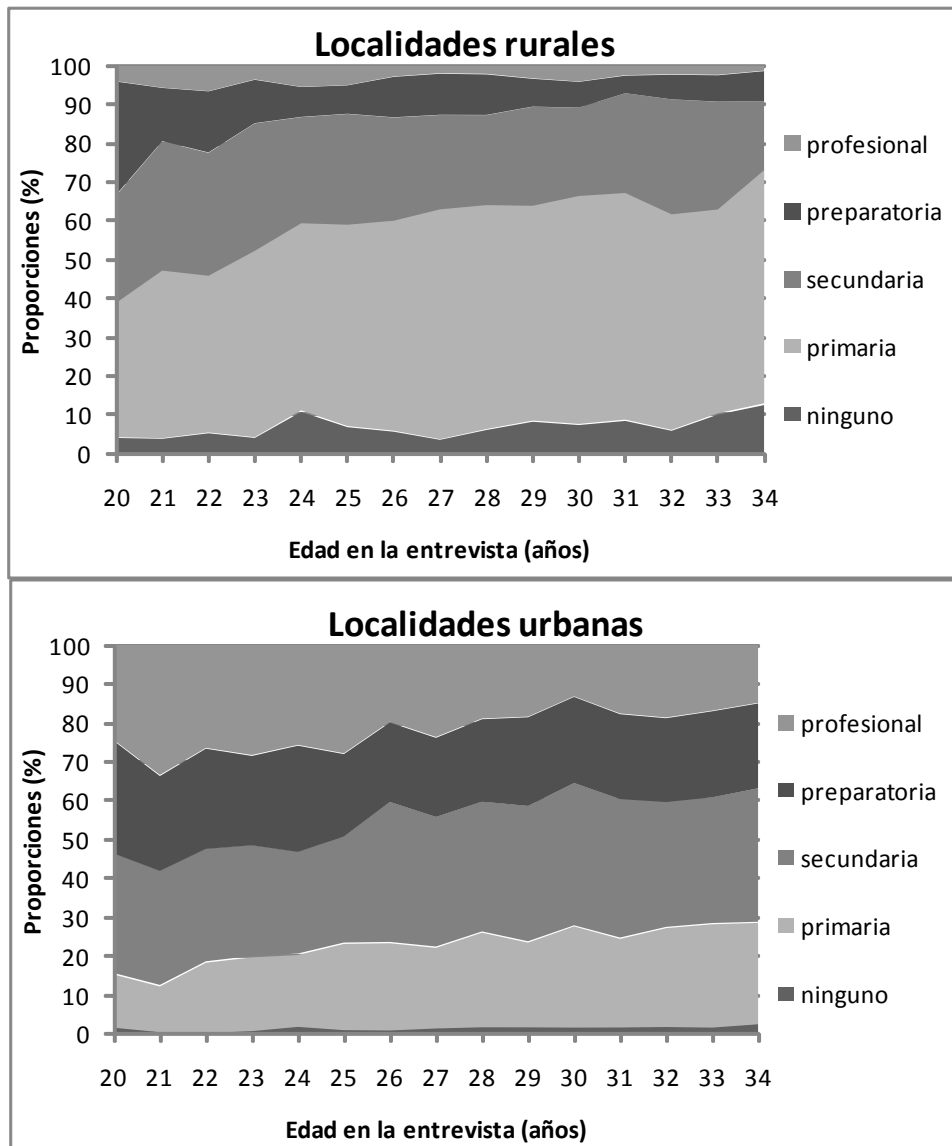
El número medio de años aprobados en la escuela es un indicador que refleja la experiencia educativa del conjunto de las jóvenes, y es resultado tanto de la permanencia como de los logros en el sistema educativo; cuando la repetición de grados no es común, el número de años aprobados proporciona una buena aproximación de la permanencia y la edad en la salida de la escuela. En 2006, las diferencias en el número de años aprobados entre localidades rurales y urbanas son marcadas pero, aún en estas últimas, las jóvenes sólo logran terminar en promedio algo más que la educación básica (Gráfica 1). En las localidades rurales, las jóvenes han

aprobado en promedio sólo entre 5 y 8 años mientras que, en las urbanas, entre 9 y 11 años. En las edades mayores, las mujeres pertenecen a generaciones que asistieron en menor medida y tuvieron una permanencia más breve en la escuela que las mujeres de generaciones más jóvenes. Esto se percibe en el creciente número de años aprobados, en especial entre las mujeres de las localidades rurales, quienes experimentan un aumento de tres años de estudio en promedio entre quienes tienen 34 años y quienes tienen 20. Además, es previsible que las diferencias tanto urbano-rurales como entre generaciones estén minimizadas, dado que es más común que las jóvenes de las generaciones más recientes y urbanas sigan asistiendo a la escuela, lo que les permitirá aprobar un número de años mayor que el actual.

El nivel educativo alcanzado es un indicador complementario de los cambios en la permanencia y los logros escolares (Gráfica 2). En las localidades pequeñas, entre las generaciones de mayor edad, la situación es sumamente desfavorable: la mayoría de las mujeres (seis de cada diez) alcanza sólo el nivel de primaria, y una de cada diez no logra ingresar ni a la primaria; entre estas jóvenes rurales, sólo una de cada cinco llega a la secundaria y una de cada diez al nivel medio superior o al superior.⁹ Entre las generaciones más jóvenes de estas localidades pequeñas, lo que más llama la atención es la notable reducción de la primaria como nivel educativo máximo (de 60 a 35%) y el gran incremento de la secundaria y de la preparatoria (de 26 a 58%). En las localidades urbanas, la primaria como nivel máximo de estudios es poco común y se reduce en el tiempo; el cambio más notable en estas localidades es el incremento en los niveles de preparatoria y profesional. Entre las generaciones más jóvenes, más de la mitad de las mujeres alcanza, al menos, el nivel de preparatoria, y cerca de tres de cada diez llegan a cursar la normal con preparatoria o el nivel profesional.

⁹ En este trabajo usaremos indistintamente los términos preparatoria, bachillerato y educación media superior.

Gráfica 2. Nivel educativo alcanzado



Fuente: SSA, Enadid 2006. Datos ponderados

En síntesis, la trayectoria educativa era ya normativa entre generaciones anteriores a las aquí analizadas, pues aún entre las jóvenes de mayor edad de las localidades rurales, la asistencia a la escuela primaria es generalizada. El gran cambio que vivieron estas generaciones es la prolongación de la permanencia en la escuela y la salida en edades más tardías, lo que les ha permitido alcanzar niveles educativos sustancialmente más elevados. No obstante, hay una gran heterogeneidad en las experiencias de las jóvenes analizadas en cuanto a su educación formal, la que está asociada a patrones de transición a la vida adulta distintos. Subsisten diferencias notables entre las zonas rurales y las urbanas, así como en el interior de cada una de ellas. Es de resaltar

que, a pesar de que el número medio de años de estudio en las localidades urbanas no rebaza los once años, el ingreso al nivel profesional ha tendido a convertirse en una opción cada vez más común. En las localidades de menor tamaño, en cambio, las jóvenes aprueban cuando más ocho años en promedio, es decir, ni siquiera la educación básica completa, y no son pocos los casos de jóvenes rurales que no alcanzan siquiera el nivel de primaria.

Transiciones: primera relación sexual, inicio de la primera unión y nacimiento del primer

Edad en la primera relación sexual

Esta transición ocurre en edades tempranas: una de cada cuatro jóvenes la ha experimentado a los 17 años, la mitad a los 19 años y tres de cada cuatro a los 24 años de edad. La temporalidad del inicio de la vida sexual activa está estrechamente vinculada con la educación formal de las jóvenes.¹⁰ Las curvas de sobrevivencia muestran diferencias notables según el nivel educativo.¹¹ La prueba de igualdad de curvas de Cox muestra que las diferencias en el calendario entre los distintos niveles educativos son pronunciadas y estadísticamente significativas, y que los valores de los riesgos relativos son más bajos a medida que la escolaridad es mayor, salvo en el caso de las mujeres sin escolaridad quienes tienen un patrón peculiar.¹² La edad al primer cuartil es una medida clara de qué tan precoz es esta experiencia, y muestra que entre las jóvenes sin escolaridad, una de cada cuatro ha tenido relaciones sexuales a los 15 años de edad, mientras que esto sucede cinco años más tarde entre las mujeres con estudios profesionales, y hay un gradiente claro entre los distintos grupos educativos (gráfica 3). Este gradiente se rompe en las edades medianas porque las mujeres sin escolaridad y las mujeres con estudios de primaria tienen valores semejantes y porque la edad mediana de las mujeres con estudios profesionales (25 años) se aleja notablemente del resto. En el tercer cuartil, el escalonamiento sólo se da en los grupos educativos intermedios porque las mujeres sin escolaridad tienen una edad más alta que las de secundaria, y las jóvenes con estudios profesionales mantienen una diferencia muy marcada

¹⁰ En otros contextos, por ejemplo, en el caso de Mali, se ha observado que el nivel educativo es el factor que tiene una relación más fuerte con la edad a la primera relación sexual (Sauvain-Dugerdil *et al.*, 2006).

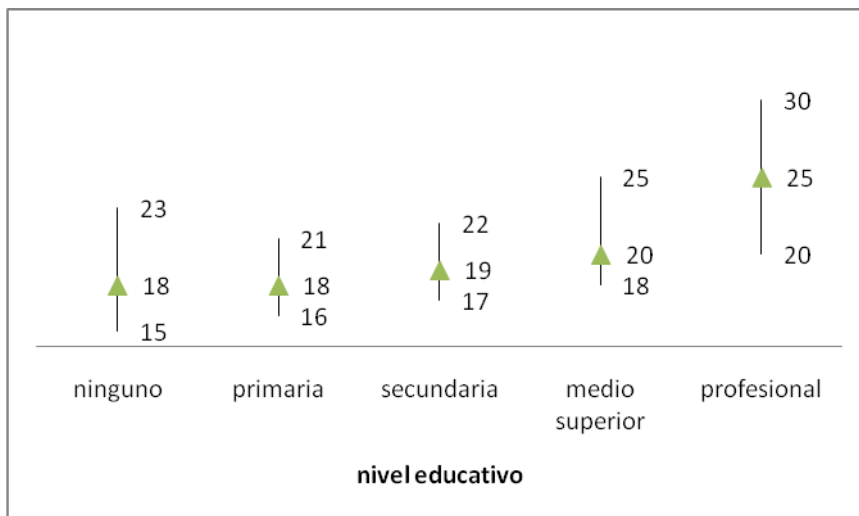
¹¹ Estas cifras sobre el calendario de la primera relación sexual de las jóvenes mexicanas coinciden en gran medida con las obtenidas a partir de otras fuentes: la ENNVIH 2002 (Solís *et al.* (2008) y la ENSAR 2003 (Bozon *et al.* (2009)).

¹² En la prueba de igualdad de curvas de Cox, Wald $\chi^2 = 949.49$ con $\text{Pr} > \chi^2 = 0.000$. Los riesgos relativos son 1.384 entre las mujeres sin escolaridad, 1.541 entre las mujeres con estudios de primaria, 1.327 entre las mujeres con estudios de secundaria, 0.915 entre las de educación media superior y 0.540 entre las jóvenes con estudios profesionales.

respecto a las demás. Los valores del rango intercuartil confirman lo observado en las curvas de las tasas de riesgo sobre el mayor peso de las normas sociales entre las jóvenes con educación básica, el que pierde fuerza en los niveles educativos más elevados, en especial entre las mujeres en nivel profesional.

Es posible afirmar que el calendario de la primera relación sexual es temprano, que está estrechamente vinculado con el nivel educativo de las jóvenes y que, en general, es más tardío y disperso a medida que aumenta la escolaridad. Dentro de esta tendencia pero con diferencias muy acentuadas se encuentra la experiencia de las jóvenes con educación superior, quienes tienen un inicio más tardío pero sobre todo un ritmo mucho más lento para realizar esta transición. Un caso aparte lo constituyen las mujeres sin estudios que, como se vio en el apartado anterior, viven principalmente en localidades rurales y pertenecen en su mayoría a las generaciones menos recientes de este estudio. Entre ellas, la primera relación sexual llega a ocurrir en edades tan tempranas como los 10 años, y a los 15 años una de cada cuatro niñas ya tuvo esta experiencia. A esta precocidad, cabe añadir que entre quienes no tuvieron su primera relación en edades muy jóvenes, la probabilidad de tenerla en edades mayores es reducida, lo que origina que una mayor proporción de estas mujeres sin escolaridad permanezca sin actividad sexual.

Gráfica 3. Edad en la primera relación sexual: primer cuartil, mediana y tercer cuartil



Fuente: SSA, Enadid 2006. Datos ponderados.

Edad en el inicio de la primera unión conyugal

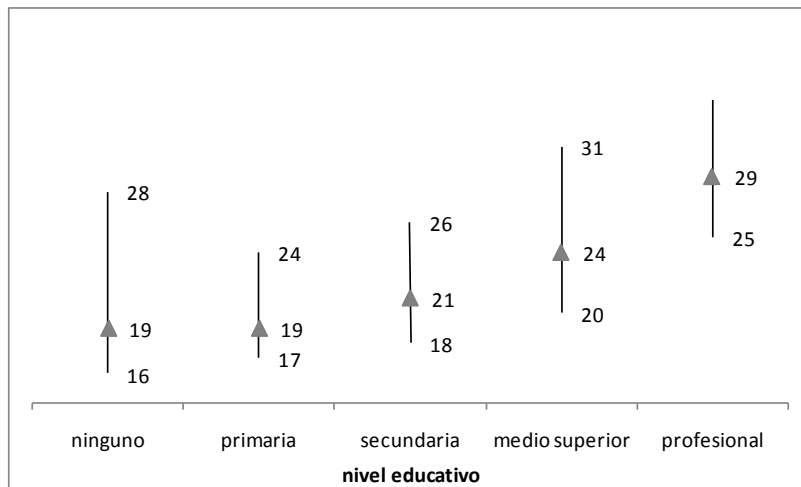
La edad de las jóvenes en la primera unión es una característica decisiva en el proceso de transición a la vida adulta, y ha recibido mucha atención en los estudios socio-demográficos. En México, los estudios coinciden en señalar una tendencia a postergar leve pero persistentemente la entrada en unión de las mujeres, tendencia vinculada a la creciente escolaridad de las generaciones más recientes.

Los datos de la encuesta muestran diferencias importantes en el calendario de inicio de la primera unión según nivel educativo, con transiciones más tardías a medida que aumenta la escolaridad. La prueba de igualdad de curvas de Cox muestra que las diferencias en el calendario de las primeras nupcias según nivel educativo son estadísticamente significativas, y aún más acentuadas que en el caso de la primera relación sexual.¹³ Los riesgos relativos de las mujeres sin estudios o con estudios de primaria son más de tres veces mayores que los de las mujeres con estudios profesionales.

Las edades en los distintos percentiles son otra muestra de las diferencias marcadas en el calendario de las primeras nupcias (gráfica 4). Entre las mujeres sin estudios, la edad en el primer cuartil son los 16 años, la que aumenta gradualmente hasta los 20 años entre las jóvenes del nivel medio superior, pero salta hasta los 25 años entre las mujeres con estudios profesionales. Las edades medianas van desde los 19 años entre las mujeres sin escolaridad y en el grupo de menor escolaridad, hasta los 29 años entre las del nivel educativo más alto. En el tercer cuartil, cabe señalar el patrón particular de los dos grupos extremos: las mujeres sin escolaridad tienen una edad de 28 años, más alta incluso que la de quienes cursaron estudios de secundaria. Las mujeres con estudios profesionales tienen una edad al tercer cuartil superior a los 34 años, última edad analizada en este trabajo, lo que significa que casi la mitad de estas mujeres con un nivel educativo elevado permanece soltera a los 34 años de edad, mucho tiempo después de haber terminado sus estudios.

¹³ En la prueba de igualdad de curvas de Cox, Wald $\chi^2 = 1183.34$ con $Pr > \chi^2 = 0.000$. Los riesgos relativos son 1.723 entre las mujeres sin escolaridad, 1.831 entre las mujeres con estudios de primaria, 1.446 entre las mujeres con estudios de secundaria, 0.933 entre las de educación media superior y 0.412 entre las jóvenes con estudios profesionales.

**Gráfica 4. Edad en el inicio de la primera unión:
primer cuartil, mediana y tercer cuartil**



Fuente: SSA, Enadid 2006. Datos ponderados

En síntesis, el inicio de la primera unión es una transición con un inicio claramente más tardío que el de la primera relación sexual, con diferencias marcadas según la escolaridad de las jóvenes, y con una gran dispersión en las edades, en especial entre las mujeres con niveles educativos extremos. Entre las mujeres sin escolaridad, una de cada cuatro se casa en edades extremadamente jóvenes; las demás van postergando cada vez más el inicio de su unión, de manera que la proporción que permanece soltera en su tercera década de vida es cercana a la de las jóvenes con educación media superior. Entre las jóvenes con estudios profesionales, además del calendario tardío, lo que más las diferencia es la elevada proporción que permanece soltera a los 34 años y que ha postergado el matrimonio, ya sea de manera temporal o definitiva.

Edad en el nacimiento del primer hijo nacido vivo

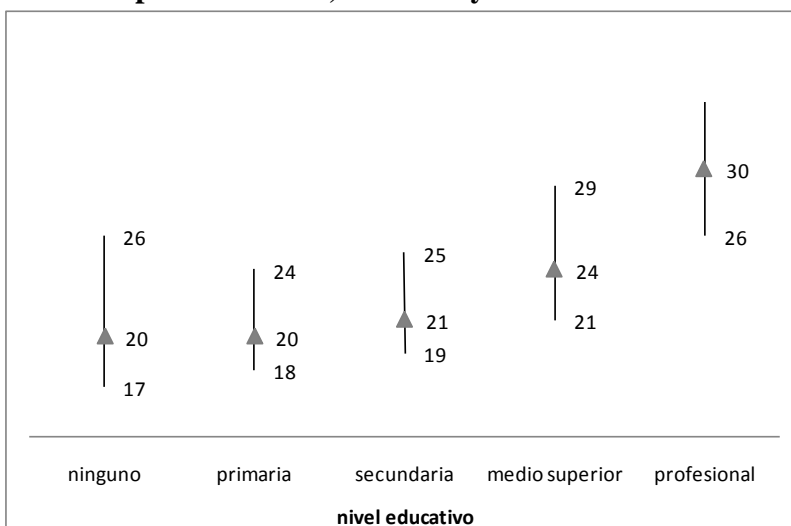
La adopción del rol de madre es una transición que marca de manera definitiva la vida de las jóvenes, y el momento y las condiciones en las que ocurre tienen consecuencias decisivas en las etapas futuras de la vida de la madre y del hijo. El inicio temprano del calendario se refleja en que una de cada cuatro jóvenes ya es madre a los 19 años de edad, y dos de cada cuatro a los 22

años; una de cada cuatro difiere el nacimiento de su primer hijo y lo tiene entre los 23 y los 28 años, y el resto lo posterga otro tiempo más o definitivamente.

La escolaridad marca calendarios del inicio de la maternidad aún más diferenciados que en el caso de las dos transiciones anteriores, como lo muestran los estimadores de la prueba de igualdad de curvas de Cox: el riesgo relativo de las mujeres con primaria es cuatro veces superior que el riesgo de las mujeres con estudios profesionales.¹⁴

Las edades en los distintos percentiles son mayores a medida que el nivel educativo es más alto, salvo el caso de las mujeres sin escolaridad que tienen un inicio de la transición muy temprano, pero que ingresan a la maternidad con un ritmo más lento a partir de los 17 años, que es la edad en el primer cuartil (gráfica 5). Otra peculiaridad de la relación entre el calendario de la maternidad y el nivel educativo son las edades mucho más tardías en las que las jóvenes con estudios profesionales tienen a su primer hijo: una edad mediana de 30 años, seis años mayor que en el grupo de jóvenes con educación media superior, y 10 u 11 años mayor que entre las mujeres con menor escolaridad.

Gráfica 5. Edad en el nacimiento del primer hijo: primer cuartil, mediana y tercer cuartil



¹⁴ En la prueba de igualdad de curvas de Cox, Wald $\chi^2 = 1343.33$ con $Pr > \chi^2 = 0.000$. Los riesgos relativos son 1.628 entre las mujeres sin escolaridad, 1.871 entre las mujeres con estudios de primaria, 1.489 entre las mujeres con estudios de secundaria, 0.968 entre las de educación media superior y 0.378 entre las jóvenes con estudios profesionales.

Es posible plantear que el nacimiento del primer hijo sucede en edades menos dispersas que las de la primera unión, por la mayor presencia de normas sociales en cuanto a las edades convenientes para que las jóvenes se inicien en su rol de madres, pero también como consecuencia de la esterilidad biológica que impide algunos de los nacimientos muy tempranos y otros de los tardíos.¹⁵ Entre las mujeres con estudios profesionales, la transición a la maternidad es relativamente tardía pero sobre todo muy pausada, lo que origina que una proporción importante permanezca sin hijos a los 34 años; no obstante, a estas edades tienen todavía posibilidades de experimentar el nacimiento del primer hijo, por lo que el grupo que permanecerá sin hijos al final de su vida reproductiva será probablemente más reducido. Sin embargo, puede preverse que estas mujeres universitarias permanecerán sin hijos en mayor medida, ya que es poco plausible que a partir de los 35 años se recuperen y alcancen los niveles de las mujeres con menores niveles educativos.

Secuencias entre transiciones

La situación actual de las jóvenes respecto a las tres transiciones permite el análisis individual de las secuencias entre la primera relación sexual y el inicio de la unión, y entre este inicio y la primera maternidad. En esta sección, analizamos la experiencia de las mujeres de 25 a 34 años porque ellas han tenido tiempo de alcanzar su nivel educativo definitivo¹⁶ y de vivir, en su mayoría, los tres eventos de interés.¹⁷

¹⁵ Las probabilidades de concebir varían con la edad de la mujer. Éstas van en aumento en los años de la adolescencia, hasta alcanzar un máximo en la tercera década de vida. A partir de los 35 años, la fertilidad declina cada vez más rápido y llega a ser nula alrededor de los 50 años de edad (Hinde, 2003).

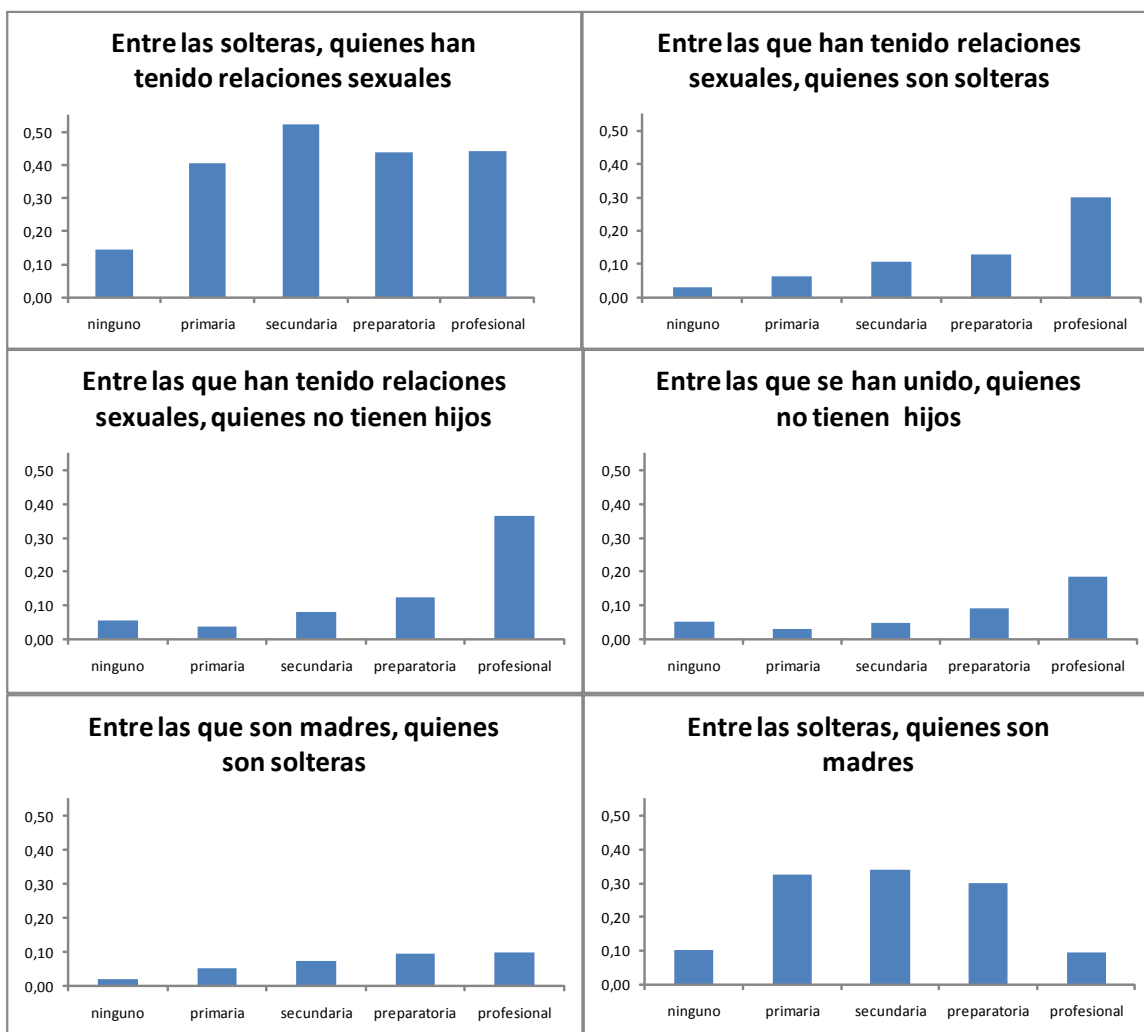
¹⁶ Cabe recordar que la asistencia a la escuela en estas edades es muy limitada, aún en las localidades urbanas, por lo que no se esperan cambios futuros en su nivel educativo.

¹⁷ Al menos tres de cada cuatro jóvenes han experimentado las tres transiciones, por lo que el truncamiento originado por la observación transversal en la encuesta no impide el seguimiento de las secuencias y de las trayectorias. Además, el evento que da origen a secuencias y trayectorias es la primera relación sexual, y la gran mayoría (87%) de las jóvenes del estudio la ha experimentado. En el caso de las jóvenes con estudios profesionales, ellas postergan sus transiciones en mayor medida -sólo una de cada dos se ha unido y ha dado a luz a su primer hijo-, por lo que es la situación más crítica en cuanto al truncamiento pero, aún entre ellas, 73% declara haber tenido su primera relación sexual.

El análisis de la situación actual en dos de las tres transiciones permite un interesante acercamiento a las prácticas sexuales y reproductivas de estas generaciones nacidas en la década de 1970, y que viven sus años casaderos a partir de los últimos años de la década de 1980, con mayores oportunidades educativas, y creciente libertad para entablar relaciones íntimas en el noviazgo, así como con mayor acceso a la anticoncepción que generaciones anteriores.

Los resultados proporcionan una primera cuantificación de la frecuencia de las relaciones sexuales antes del matrimonio: 45% de las solteras declara haber tenido su primera relación sexual (gráfica 6). Esta práctica no varía mayormente con el nivel educativo, salvo en el caso de las solteras sin escolaridad, para quienes una vez pasada su adolescencia, tienen pocas oportunidades de iniciar una vida sexual activa. Entre las jóvenes que han iniciado su vida sexual, sólo una de cada diez permanece soltera; esta situación es más frecuente a medida que aumenta la escolaridad, pero es notablemente más común (30%) entre las jóvenes con estudios profesionales, quienes postergan en mayor medida su nupcialidad.

Gráfica 6. Situación actual de las mujeres de 25 a 34 años en dos de las tres transiciones, según nivel educativo (proporciones)



Fuente: SSA, Enadid 2006. Datos ponderados

La disociación entre la vida sexual y la reproductiva, hecha posible por la anticoncepción, es uno de los grandes cambios sociales en el proceso de modernización. En el conjunto de las jóvenes, esta disociación no es evidente, ya que entre quienes han tenido su primera relación sexual, sólo una de cada diez permanece sin hijos, y, entre ellas, hay algunas que permanecen sin hijos por incapacidad fisiológica, ya sea para concebir o para dar a luz a un niño vivo. Aquí también, las profesionistas tienen una experiencia muy distinta a las de las demás, porque casi cuatro de cada diez jóvenes que han iniciado su vida sexual han diferido la maternidad y no han tenido hijos, al menos hasta el momento de la encuesta. Otro indicador de esta disociación es la proporción de mujeres ya unidas que permanece sin hijos. Los datos muestran que la relación entre el

matrimonio y la reproducción es muy estrecha en el conjunto de mujeres, ya que sólo 6% de las casadas no tiene hijos, y una parte es por falta de aptitud fisiológica. Entre las jóvenes con estudios profesionales que se han unido, la opción de postergar la maternidad es más común, ya que casi una de cada cinco (18%) la ha elegido.

Ser madre soltera puede estribar en una opción por la que optan las jóvenes, pero también puede constituirse en una fuente de vulnerabilidad tanto para la joven como para el hijo. Entre el conjunto de las que son madres, las solteras son una proporción reducida (7%), y esta experiencia está muy relacionada con los patrones de inicio de la primera unión, ya que ocurre menos entre quienes tienen una nupcialidad más temprana porque, aunque hayan experimentado un nacimiento prenupcial, a estas edades han tenido ya tiempo para casarse. La proporción de madres entre las solteras es un índice más elocuente de los nacimientos prenupciales y muestra que son frecuentes: una de cada cuatro mujeres solteras en estas edades tiene al menos un hijo nacido vivo. Las diferencias según nivel educativo son por demás interesantes. Entre mujeres con educación básica y media superior, alrededor de una tercera parte de las solteras son madres. En cambio, entre las mujeres de los niveles educativos extremos, sólo una de cada diez solteras es madre. Entre las mujeres sin escolaridad, la ausencia de relaciones sexuales entre las mujeres solteras de estas edades estaría dando cuenta de la poca frecuencia de la maternidad fuera de la unión. Las solteras profesionistas, en cambio, comúnmente han iniciado su vida sexual activa pero el uso eficiente de los anticonceptivos les permite postergar su maternidad.

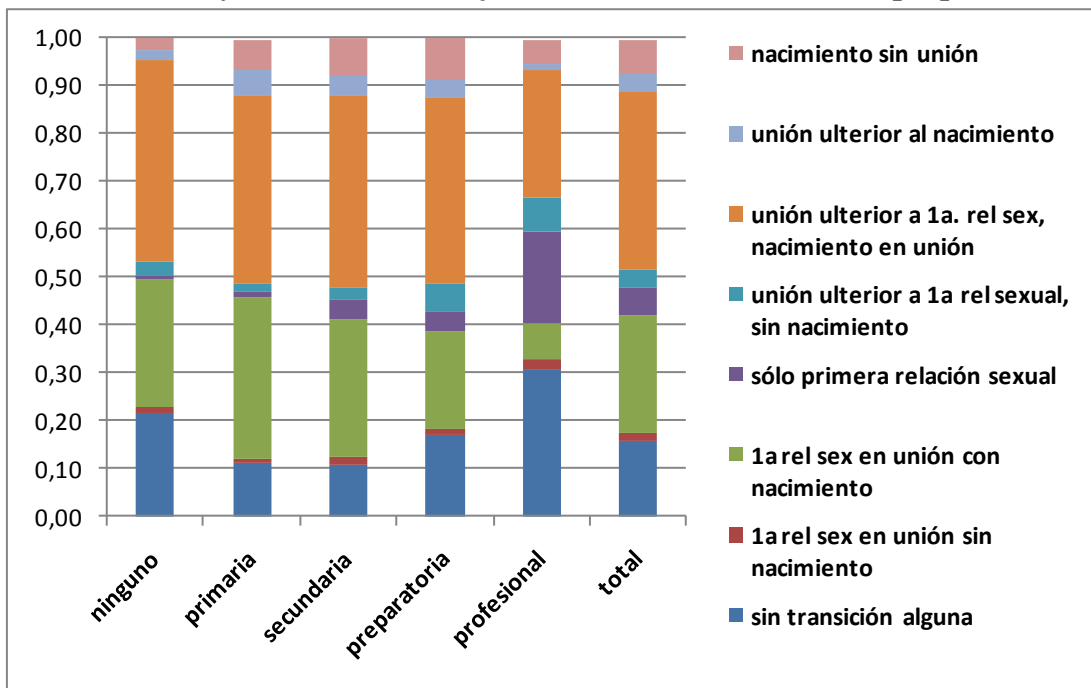
Trayectorias sexuales y reproductivas

En esta última sección, nos ocupamos de la manera en que se entrelazan las temporalidades, y conforman trayectorias personales en el proceso de transición a la vida adulta en el ámbito privado. Elaboramos ocho trayectorias, en las que la primera es de las jóvenes sin transición alguna. Un primer criterio para diferenciar las demás trayectorias en dos grupos fue la experiencia sexual premarital. Otros criterios para la construcción de las trayectorias fueron la ocurrencia de la formación de la primera unión y del nacimiento del primer hijo, y la secuencia entre estas dos transiciones.¹⁸ Así, las trayectorias son: 1, sin transición alguna; 2, sólo primera

¹⁸ La secuencia se obtuvo a partir de las edades a las distintas transiciones. Si la edad era la misma, se consideró que los eventos eran simultáneos.

relación sexual; 3, unión ulterior a la primera relación sexual, sin nacimiento; 4, unión ulterior a la primera relación sexual, con nacimiento ulterior o simultáneo a la unión; 5, unión ulterior al nacimiento; 6, nacimiento sin unión; 7, primera relación sexual y unión simultáneas sin nacimiento; 8, primera relación sexual y unión simultáneas con nacimiento (gráfica 7).

Gráfica 7. Trayectorias de las mujeres de 25 a 34 años de edad (proporciones)



Fuente: SSA, Enadid 2006. Datos ponderados

Sobre las jóvenes que no han experimentado transición alguna, no es posible saber por cuál de las ocho trayectorias optarán. No obstante, a pesar de esta incertidumbre causada por el truncamiento en la observación, estos casos son poco numerosos (16%), y las diferencias entre las demás trayectorias son pronunciadas, por lo que el análisis no pierde relevancia. Entre quienes no se han unido o no han dado a luz a su primer hijo, tampoco es posible prever su trayectoria futura en relación a estos eventos pero, al observarlas en el momento de la encuesta, es posible conocer cómo ha sido el inicio de su proceso de transición a la vida adulta en el ámbito privado.

Entre estas mujeres jóvenes, la mayoría (58%) tiene su primera relación sexual fuera del matrimonio, ya sea que después se case o permanezca soltera, y sólo una de cada cuatro jóvenes

(26%) declara haber seguido una trayectoria más convencional, en la que su primera relación sexual coincide temporalmente con la formación de su unión.

De las jóvenes que tienen su primera relación sexual como primera transición, la gran mayoría procede al poco tiempo a las otras transiciones, ya que sólo 6% se mantiene sin formar una unión ni tener a su primer hijo (trayectoria 2). Muy pocas jóvenes inician una unión conyugal y permanecen sin hijos (trayectoria 3). En cambio, una mayor proporción (una de cada tres) sigue la trayectoria 4, que consiste en el inicio de una unión conyugal y después dar a luz a su primer hijo. El peso importante de esta trayectoria, así como el poco peso de la anterior, reflejan pautas menos tradicionales en cuanto a la sexualidad, pero también la subsistencia de un estrecho vínculo entre la nupcialidad y la procreación. Este vínculo pudiera también estar reflejado en la trayectoria 5, en la que la unión es ulterior al nacimiento y que incluye a los casos en los que se busca dar legitimidad al nacimiento. Los nacimientos sin unión (trayectoria 6), es decir, los casos de madres que permanecen solteras son pocos (7%) y, junto con quienes se han casado después del nacimiento, conforman el grupo de mujeres con un nacimiento prenupcial, 11% del total de mujeres, lo que muestra que los nacimientos premaritales no son comunes.

Finalmente, en las dos trayectorias más tradicionales, en las que la primera relación sexual sucede en la misma edad que la unión, lo que más llama la atención es que el nacimiento ocurra tan poco tiempo después de la unión, ya que sólo 1% de las mujeres se encuentra en esta trayectoria sin hijos. El permanecer sin hijos es algo más frecuente (4%) entre las mujeres que tienen su primera relación sexual antes de la unión (trayectoria 3). No obstante, ambos casos señalan una fuerte asociación entre la unión y la procreación.

Las diferencias entre mujeres con distinta escolaridad son profundas y sugerentes. En un primer acercamiento, lo que más llama la atención es que en todos los niveles educativos, las trayectorias más tradicionales (7 y 8) no predominan, y que su presencia disminuye notablemente a medida que la escolaridad es mayor: entre las jóvenes con estudios de primaria, una de cada tres adopta estas trayectorias mientras que entre las profesionistas es sólo una de cada diez. Cuando las relaciones sexuales no anteceden a la unión, la espera para el nacimiento del primer hijo es muy breve, como lo muestra la escasa presencia de las mujeres cuya primera relación sexual coincide

con la unión y permanecen sin hijos (trayectoria 7) y la alta frecuencia de la trayectoria más convencional de inicio simultáneo de la unión y de la vida sexual activa, y en la que no se posterga mayormente la maternidad (trayectoria 8). Esta última trayectoria se reduce notablemente a medida que aumenta la escolaridad, al pasar de una tercera parte de las jóvenes con estudios de primaria a una doceava parte entre las de estudios profesionales.

Estas diferencias se explican casi totalmente por el retraso de las tres transiciones (trayectoria 1) entre las más escolarizadas: casi una de cada tres jóvenes con estudios profesionales declara no haber tenido aún su primera relación sexual. Esta proporción es notablemente más baja entre las mujeres con menor escolaridad.

En el caso de las jóvenes con estudios profesionales pueden distinguirse claramente dos grupos. Predomina uno en el que las prácticas son menos tradicionales y las jóvenes inician su vida sexual activa y permanecen sin hijos, al menos por un tiempo (trayectorias 2 a 4), es decir, disocian su vida sexual de la marital y reproductiva. Pero también hay otro grupo más tradicional que asocia estrechamente las tres transiciones, ya sea que las retrase al menos hasta los 25 años (trayectoria 1), o bien que se case más temprano sin haber tenido relaciones sexuales premaritales e inicie su vida reproductiva con celeridad (trayectoria 8). Otra forma de mostrar la permanencia de rasgos tradicionales en estas mujeres con estudios profesionales es que, entre quienes retrasan el matrimonio y el nacimiento del primer hijo (trayectorias 1 y 2), que son quienes probablemente tienen un proyecto de desarrollo personal en el ámbito público, sólo dos de cada cinco mujeres ha experimentado su primera relación sexual, de manera que la mayoría no ha tenido la libertad para ejercer su sexualidad.

Entre las mujeres con niveles educativos más bajos, la trayectoria 4 es la más común: cuatro de cada diez mujeres optan por ella. Incluye a las tres transiciones pero la primera relación sexual es anterior a la unión y el nacimiento tiene lugar en el seno de la unión. Esta trayectoria puede estar reflejando la mayor libertad de las jóvenes para iniciar su vida sexual y más tarde formar su unión sin un embarazo que la apresure, pero también muestra que ellas conciben una estrecha vinculación entre la unión y la maternidad. La segunda trayectoria más común entre las jóvenes con niveles educativos bajos y medios es aquella en la que la primera relación sexual coincide

con la unión y no hay un retraso mayor del nacimiento (trayectoria 8), por lo que responde también a patrones más tradicionales que no disocian la vida sexual de la marital ni de la reproductiva.

Las trayectorias 4, 5 y 6, en las que el embarazo puede haber propiciado la unión o tiene término en un nacimiento prenupcial tienen una presencia semejante entre las mujeres con niveles educativos intermedios pero son notablemente menos frecuentes entre las mujeres con estudios profesionales. Estas jóvenes con mayor escolaridad tienen más libertad para iniciar su vida sexual activa antes de la unión, y ejercen un mayor control de su fecundidad, ya que pocas apresuran su matrimonio por un embarazo, tienen a su primer hijo antes de unirse o permanecen como madres solteras.

Las mujeres sin escolaridad rompen con la tendencia, principalmente por una situación particular: la mayor presencia de mujeres sin transición alguna, cuya proporción (22%) está sólo por debajo de la de las jóvenes con estudios profesionales. Es posible señalar la situación de desventaja en la que se encuentran estas mujeres que inician muy temprano, casi de niñas, sus transiciones a la vida adulta en el ámbito privado, o bien que permanecen sin transitar ninguna de ellas.

Conclusión

El objetivo del trabajo fue analizar el proceso de adopción de los roles adultos en los ámbitos sexual, familiar y reproductivo de las jóvenes mexicanas de generaciones recientes, y proporcionar elementos sobre las pautas sociales que prevalecen en el inicio de la vida sexual activa de las jóvenes y en la reproducción de las familias en el contexto del proceso de modernización social.

Se confirmó lo encontrado en otros estudios sobre la precocidad de las transiciones y las diferencias importantes según nivel educativo. No obstante, se encontraron ciertas pautas particulares en el conjunto de las jóvenes y otras entre las mujeres de los dos niveles educativos extremos.

En el conjunto de mujeres, el inicio de la vida sexual activa fuera de la unión forma parte de la trayectoria normativa de las jóvenes en México, y sólo un grupo más reducido de jóvenes declara haber seguido una trayectoria más tradicional, en la que su primera relación sexual coincide con la formación de su unión. A pesar de la frecuencia de las relaciones sexuales premaritales, los nacimientos prenupciales son poco comunes, ya que el uso de anticonceptivos y la precipitación del matrimonio impiden su ocurrencia. Otro aspecto a resaltar es que hay cierta disociación entre la vida sexual y la vida marital y reproductiva, pero que el vínculo entre la formación de la unión y el nacimiento del primer hijo se mantiene muy estrecho.

Las mujeres sin escolaridad se encuentran en una situación de desventaja porque viven precozmente las transiciones, algunas cuando aún son niñas, o bien tienen riesgos altos de permanecer sin iniciar su proceso de transición a la vida adulta en el ámbito privado.

En una situación opuesta están las jóvenes que tienen estudios profesionales, quienes inician su proceso de transición en edades notablemente más elevadas. Ellas postergan su primera relación sexual, pero sobre todo el matrimonio y el nacimiento del primer hijo. La gran diferencia entre las jóvenes con estudios profesionales y las demás sugiere que quienes asisten a la universidad pueden optar por un proyecto personal, en el que el trabajo les permita un mayor desarrollo, y algunas disfrutan de su sexualidad, al mismo tiempo que postergan las responsabilidades del ámbito familiar.¹⁹ A pesar de que ser madre sí está contemplado en este proyecto, ellas no temen aplazar sus transiciones familiares y reproductivas porque sus probabilidades de contraer primeras nupcias se mantienen elevadas y quieren tener pocos hijos.²⁰

En términos de política pública, los resultados del trabajo apuntan a la imperiosa necesidad de las jóvenes de tener acceso a una anticoncepción eficaz, independientemente de su situación marital. Más aún, son evidentes los requerimientos de las jóvenes solteras para poder disfrutar de su vida

¹⁹ Una investigación sobre el inicio de la formación de las familias entre mujeres mexicanas muestra que la relación entre la educación y el aplazamiento de la unión se da a través del trabajo: niveles educativos más elevados están asociados a mayores probabilidades de tener un trabajo remunerado y, en consecuencia, un matrimonio más tardío (Lindstrom y Brambila, 2001).

²⁰ Entre estas mujeres con estudios profesionales, 76% tiene como número ideal de hijos a lo más dos, mientras que entre las mujeres con estudios de primaria esta proporción es 37%. Sólo 5% de las mujeres con estudios profesionales menciona como número ideal de hijos el cero, proporción levemente mayor que la de mujeres con menor escolaridad (3%).

sexual y lograr un mayor desarrollo personal antes de iniciar la formación de sus familias. Los programas de planificación familiar y de salud reproductiva deben adaptarse a los nuevos perfiles de la demanda entre las jóvenes y coadyuvar a la postergación de las transiciones familiares y reproductivas, en especial entre los sectores más vulnerables de la población.

En estudios futuros, será interesante investigar si las mujeres con estudios profesionales lograron compaginar sus aspiraciones en la vida pública y en la vida privada, de manera que hayan formado una unión pero, sobre todo, que hayan llegado a desempeñar su rol de madres, como lo expresan en sus ideales reproductivos. Otra cuestión que habrá que averiguar es la razón por la que las jóvenes, aún con estudios profesionales, no logran dissociar la formación familiar del nacimiento de los hijos y mantener relaciones de pareja que no se basen primordialmente en la reproducción, como sucede en otros contextos sociales. También, será pertinente observar si las mujeres con menores niveles educativos adoptarán los patrones de inicio de la vida sexual y de postergación de las transiciones familiares y reproductivas, y optarán por lograr un mayor desarrollo personal, como lo hacen sus coetáneas con estudios profesionales. Finalmente, es inaplazable abordar con mayor detalle la situación de las mujeres sin escolaridad y de los sectores más desfavorecidos de la sociedad porque constituyen el sector más vulnerable en muchos sentidos, incluido el de la transición a la vida adulta en el ámbito privado.

BIBLIOGRAFÍA

Ariza, Marina y Orlandina de Oliveira (2001) “Familias en transición y marcos conceptuales en redefinición”, Papeles de Población 7(28): 9-39.

Boden, Joseph M., et al. (2008) “Early motherhood and subsequent life outcomes”, Journal of Child Psychology and Psychiatry, 49(2): 151-160. Publicación en internet: 17 dic 2007, Journal compilation © 2008 ACAMH.

Bozon, Michel, et al. (2009) “A Life Course Approach to Patterns and Trends in Modern Latin American Sexual behavior” J Acquir Immune Defic Syndr 51 (1 suppl.): 4-12.

Corijn Martine y Erik Klijzing eds. (2001) “Transitions to Adulthood in Europe”, European Studies of Population, vol. 10, Kluwer Academic Publishers.

Di Cesare, Mariachiara y Jorge Rodríguez Vignoli (2006) “Análisis micro de los determinantes de la fecundidad adolescente en Brasil y Colombia”, Papeles de Población 48: 107-140.

Elder, Glen H. (1975) “Age differentiation and the life course (1975) Annual Review of Sociology 1:165-190.

Florez, Carmen Elisa y Jairo Núñez (2002) Teenage Childbearing in Latin American Countries, Bogotá, Colombia, Documento CEDE 2002-01, ISSN 1657-7191, Edición electrónica.

Gómez de León, José (2001) “Los cambios en la nupcialidad y la formación de familias: algunos factores explicativos” en J. Gómez de León y Cecilia Rabell (coords.) La población de México. Tendencias y perspectivas sociodemográficas hacia el siglo XXI, Consejo Nacional de Población y Fondo de Cultura Económica, México, págs. 207-241.

Green, M. E. y T. Merrick (2005) Poverty Reduction: Does Reproductive Health Matter? Health, Nutrition and Population Discussion Paper, Washington D.C., The International Bank for Reconstruction and Development / The World Bank.

Heaton, T.B., R. Forste, and S.M. Otterstrom (2002) “Family transitions in Latin America: First intercourse, first union and first birth”, International Journal of Population Geography 8:1-15.

Hinde, Andrew (2003) Demographic Methods, Arnold, Londres, Reino Unido, 305 pp.

Hirsch, Jennifer S. (2003) A Courtship after Marriage. Sexuality and Love in Mexican Transnational Families. Berkeley y Los Angeles, California: University of California Press, 2003. 376 pp.

Hirschman, Charles and Ronald Rindfuss (1982) 'The Sequence and Timing of Family Formation Events in Asia' American Sociological Review 43: 573-586.

Hogan, Dennis y Nan Marie Astone (1986) 'The Transition to Adulthood', Annual Review of Sociology 12: 109-130.

Juárez, Fátima (2002) "Salud sexual y reproductiva de los adolescents en América Latina: evidencia, teorías e intervenciones", en Cecilia Rabell y Ma. Eugenia Zavala de Cosío (comps.), La fecundidad en condiciones de pobreza: una visión internacional, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, pp. 291-314.

Lindstrom, David y Carlos Brambila Paz (2001) "Alternative theories of the relationship of schooling and work to family formation: evidence from Mexico", Social Biology 48(3-4): 278-297.

Malhotra, Anju (1997) "Gender and the Timing of Marriage: Rural_Urban Differences in Java", Journal of Marriage and the Family 59(2): 434-450.

Mier y Terán, Marta (2007) "Transición a la vida adulta. Experiencias de las jóvenes rurales y de las urbanas" en Ana María Chávez Galindo et al (coords.) La Salud Reproductiva en México. Análisis de la Encuesta Nacional de Salud Reproductiva 2003, Secretaría de Salud y Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias, UNAM, México. ISBN: 970-32-3952-2, págs. 85-106.

----- (2009) "El proceso de formación de las parejas en México" en Tramas familiares en el México contemporáneo. Una perspectiva sociodemográfica, Cecilia Rabell (coord.), Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM y El Colegio de México, pp. 179-198.

----- y Cecilia Rabell (2005) "Introducción" ", en Marta Mier y Terán y Cecilia Rabell (coords.) Jóvenes y niños: Un enfoque socio-demográfico, Ciudad de México: Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, sede México y Miguel Ángel Porrúa, pp. 7 a 22.

Miranda, Alfonso (2006) "Are Young Cohorts of Women Delaying First Births in Mexico?" Journal of Population Economics 19: 55-70.

Naciones Unidas (2001) World Population Monitoring 2000. Population, Gender and Development, Department of Economic and Social Affairs, Population Division, ST/ESA/SER.A/192.

Oppenheim-Mason, Karen (1995) Gender and Demographic Change: What do we know? Lieja, Bélgica: International Union for the Scientific Study of Population.

Quilodrán, Julieta (2001) Un siglo de matrimonio en México, El Colegio de México, 375 pp.

Rindfuss, Ronald R. et al (1987) “Disorder in the life course: how common and does it matter?” American Sociological Review 52(12): 785-801.

Román, Rosario (2000) Del primer vals al primer bebé. Vivencias del embarazo en las jóvenes. México, D.F.: Instituto Mexicano de la Juventud, 219 pp.

Rosero-Bixby, Luis (1996) “Nuptiality trends and fertility transition in Latin America” en José Miguel Guzmán et al. (eds), The Fertility Transition in Latin America, Clarendon Press, Oxford, pp. 135-150.

----- et al. (2009) “Is Latin America starting to retreat from early and universal childbearing?”, Demographic Research 20(9): 169-194. Consultado en <http://www.demographic-research.org/Volumes/Vol20/9/> DOI: 10.4054/DemRes.2009.20.9

Rodríguez Vignoli, J. (2000) Vulnerabilidad demográfica: una faceta de las desventajas sociales, Serie Población y Desarrollo N° 5, Santiago de Chile:CEPAL

Samuel, Olivia y Pascal Seville. “La nupcialidad en movimiento”. En *Cambio demográfico y social en el México en el siglo XX. Una perspectiva de historias de vida*, coordinado por Coubes, Marie Laure et al. Ciudad de México: Cámara de Diputados, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, El Colegio de la Frontera Norte y Miguel Ángel Porrúa, 2005. págs. 41- 64.

Saraví, Gonzalo. “Atmósfera familiar y transición a la adultez en México. Factores de riesgo asociados con transiciones tempranas”. En *Fortalezas y desafíos de las familias en dos contextos: Estados Unidos de América y México*, editado por Rosario Esteinou. Ciudad de México: Sistema Nacional para el Desarrollo Integral de la Familia y Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 2007. pp. 341-384.

Sauvain-Dugerdil, Claudine et al. (2006) “The start of the sexual transition in Mali: risks and opportunities”, presentado en el International Seminar on Sexual and Reproductive Transitions of Adolescents in Developing Countries, El Colegio de México y Unión Internacional para el Estudio Científico de la Población, Cholula, México, 6-9 de noviembre.

Singh, S., and R. Samara (1996) "Early marriage among women in developing countries." International Family Planning Perspectives 22(4):148-57, 175. PIP 118589.

Solís, Patricio e Ismael Puga (2009) "Los nuevos senderos de la nupcialidad: cambios en los patrones de formación y disolución de las primeras uniones en México" en Tramas familiares en el México contemporáneo. Una perspectiva sociodemográfica, Cecilia Rabell (coord.), Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM y El Colegio de México, pp. 179-198.

Solís, Patricio, *et al.* (2008) "Las transiciones a la vida sexual, a la unión y a la maternidad en México: cambios en el tiempo y estratificación social", en Salud reproductiva y condiciones de vida en México, Susana Lerner y Ivonne Szasz (coords.), Centro de Estudios Demográficos, Urbano y Ambientales, El Colegio de México, Tomo 1, pp. 397-430.

Upadhyay, Ushma D. *et al.* (2006) "Before First Sex: Gender Differences in Emotional Relationships and Physical Behaviours among Adolescents in the Philippines", International Family Planning Perspectives 32(3): 110-119.

Uribe, Luz. (2005) "Familia, noviazgo e iniciación sexual. El papel que desempeña la comunicación entre padres e hijos", en Jóvenes y niños: Un enfoque socio-demográfico, coordinado por Marta Mier y Terán y Cecilia Rabell. Ciudad de México: Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, sede México y Miguel Ángel Porrúa, pp. 71-105.

Welti, Carlos (2006) "Inicio de la vida sexual y reproductiva" en Ana María Chávez Galindo et al (coords.) La Salud Reproductiva en México. Análisis de la Encuesta Nacional de Salud Reproductiva 2003, Secretaría de Salud y Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias, UNAM, México. ISBN: 970-32-3952-2, págs.85-106.

Westoff, Charles F. (2003) Trends in Marriage and Early Childbearing in Developing Countries, DHS Comparative Reports núm. 5, Calverton, Maryland: ORC Macro.